

Axel, somos alguien. Soy alguien

- ¡Holaaa! ¿Sabes cómo hacer el deber de mate? Es que no lo entiendo muy bien.
- Sí ¡claro! Ya te lo explico– respondió Samuel por cuarta vez en ese día.

Todo el mundo le escribía, pensó. Todo el mundo le necesitaba. ¿Qué haría su grupo de amigos sin él? Que bien se sentía que alguien te necesite.

O... más bien que te usen–susurró Axel con su usual tono desafiante.

- ¡SAMUEL! ¿Qué estás haciendo? Te has pasado toda la tarde dentro de esa habitación. Dices que son deberes, pero ya no puedo creer que siga siendo eso. Seguro tus amigos ya terminaron todo.
- ¡¡Mamá!! Eso no es cierto. Ellos deben estar tan ocupados como yo. Estamos en proyectos de fin de trimestre, ¿recuerdas?
- Sí, pero no lo parece. A cada segundo escucho una notificación de ese grupo que tienes donde no paran de enviarte mensajes, y no parecen de alguna materia. ¿Seguro que no estás jugando?
- Yo ni siquiera respondo en ese grupo, mamá. Están hablando solo entre ellos, y no, no estoy jugando.
- Entonces, espero que bajes en seguida a ayudarme. Si lo que dices es verdad, ellos ya deben haber colaborado con las tareas de la casa, ¡Por lo menos más que tú!
- Pero en serio tengo que terminar con esto.
- ¡Ya no! Primero ven y lava los platos, luego puedes subir a terminar.

Samuel, molesto, bajó la pantalla de su computadora y corrió para llevar a cabo la indicación de su madre. Tenía que hacerlo pronto porque de lo contrario la plataforma se cerraría y no alcanzaría a enviar la tarea. Era verdad que se había pasado todo el día haciéndola, aunque parecía que hora tras hora, el documento seguía igual. Ni él mismo sabía qué le pasaba, pero no podía concentrarse. Por eso, con el sentimiento de culpa en la mente, no puso más objeciones y se puso a lavar los platos. Por lo menos sería un descanso, un cambio de actividad en medio de tanta rutina, aunque en el último tiempo, sentía que ya no descansaba ni cuando dormía.

Axel bajó, junto a él, y continuó restregándole las cosas en la cara.

- Sí, claro. ¡Cuánto te necesitan! –dijo sarcásticamente–. ¿Ya viste el grupo? A diferencia de ti, mientras les das haciendo todo el trabajo, quienes llamas amigos están jugando.

No les doy haciendo, solo les ayudo para que puedan hacerlo por su cuenta, pensó Samuel.

Al día siguiente, tras haberse quedado haciendo la tarea hasta casi las 12 de la noche, estaba muy cansado. Llegó a su aula y se sentó, solo como siempre, en uno de los puestos delanteros. Le gustaba hacerlo así, ya que allí podía escuchar y ver bien a la pizarra de modo que pudiera entender todos los temas de la mejor manera posible. Él era un buen estudiante, después de todo. De hecho, tenía uno de los mejores promedios de todo su nivel.

- Siiii–dijo Axel, muy contento–. ¿Por qué estarías en ese absurdo chat, si no? Como ya te dije, solo así, con tus altas calificaciones, puedes existir, si no, no eres nadie, ni siquiera te tomarían en cuenta.
- Ayy, ya déjame, pensó Samuel. Siempre leía las agradables conversaciones de los cinco miembros a las cuales cuántas ganas le daba de contestar y formar parte, pero no podía.
- Y ¿quién te lo impide? –dijo Axel.

Samuel lo miró fijamente.

Axel sonrió.

Ariadne, una de las jóvenes chicas que formaban parte del grupo corrió hacia Samuel y le dijo:

- Corree, ¡ven! Te estamos esperando. ¿Por qué no viniste la última vez a comer con nosotros?
- Eeeee, es que estaba haciendo otra cosa. Pero esta vez...–dijo Samuel alegremente. Esa vez sí que iba a pasar el recreo con sus amigos.
- Tampoco puede–dijo Axel–. Está ocupado. Además, hoy iba a comer conmigo.

Samuel, con un nudo en la garganta, no le pudo responder, pero asintió.

- Oh, ya veo. –dijo Ariadne con tristeza–. De verdad espero que puedas venir la próxima vez. Ten.

Ari le entregó un sobre y un chocolatito cuidadosamente envuelto.

- Gracias –dijo Samuel.

Cuando llegó a su casa, lo abrió y vio que era una invitación al cine para celebrar su cumpleaños. El resto de sus compañeros también iban a ir, y era un día en el que estaría completamente libre. Entonces no pudo evitar que las lágrimas le salieran y se deslizaran sin parar. Es que no era libre. Axel lo miraba con el ceño fruncido.

- ¡No! –pensó, antes de que Axel pudiera decir una sola palabra–. Esta vez no me convencerás de no ir Axel. Ya lo decidí.
- Ah, ¿sí? – respondió este con tranquilidad. – ¿Y cómo? ¿Vas a ir siendo una carga? Tú no sirves de nada. Ni nadie te quiere, no les importas.
- No es verdad, ellos sí me quieren. ¿No escuchaste a Ari? Quiere que vaya.
- No eres suficiente, no llegas ni al suelo en el que estás parado. No mereces estar con nadie. Tú solo estorbas.
- ¡No, tú! Solo eres tú el que arruinas mi vida. Me la has quitado todos estos años.
- Y ¿qué si es así? Da lo mismo. Yo soy tú, Samuel.

Samuel le dirigió una mirada de horror, habiéndolo entendido de pronto.

- Bien– respondió, más calmado. –Entonces vuelve a mí, Axel, y déjame ser libre. Se que somos alguien, soy alguien.

Y se dirigió a la puerta, ya sin nadie a su lado, sin ninguna voz que le impidiera empezar de nuevo y confiar en sí mismo.